



LA SANTIDAD FEMENINA Y EL MARTIRIO EN EL COLEGIO DE INGLESES. LUISA DE CARVAJAL*

Javier Burrieza Sánchez
Universidad de Valladolid, España

Recibido: 30/01/2020

Aceptado: 07/05/2020

RESUMEN

En el contexto de la consolidación del anglicanismo en Inglaterra en la segunda mitad del siglo XVI, de la persecución hacia los católicos y de la fundación de colegios y seminarios para la formación de sacerdotes católicos ingleses desde la Monarquía de Felipe II, pretendo en este artículo establecer los vínculos entre la santidad femenina y el modelo martirial de la llamada misión de Inglaterra. En primer lugar, a través de una imagen de devoción, destrozada durante el asalto de los ingleses a Cádiz en el verano de 1596: la llamada Virgen Vulnerata del Colegio de Ingleses de Valladolid, objeto principal de una teología de reparación. En segundo lugar a través de la vinculación existente entre las vidas de los mártires ingleses que circulaban en el ámbito católico lector y la capacidad de imitación generada en una mujer como Luisa de Carvajal que decidió viajar sola a Inglaterra en 1605 con el objetivo de ser mártir. Desde allí, esta “española inglesa” se convirtió en una observadora privilegiada para las relaciones internacionales.

PALABRAS CLAVE: anglicanismo; relaciones España-Inglaterra; Colegios de Ingleses; Luisa de Carvajal; reformas religiosas; mártires; santidad femenina.

THE FEMININE SANTITY AND THE MARTIRIO IN THE ENGLISH COLLEGE. LUISA DE CARVAJAL

* Este trabajo forma parte del proyecto de investigación I+D+I del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades & Unión Europea. Fondo Europeo de Desarrollo Regional “Una manera de hacer Europa”, titulado: “El discurso religioso y la gestión de las emociones femeninas en Cataluña entre el Barroco y la Ilustración”, con referencia PGC2018-094899-B-C54.

ABSTRACT

With the context of the consolidation of Anglicanism in England in the second half of the sixteenth century, persecution of Catholics and the foundation of schools and seminaries for the formation of English Catholic priests from the Monarchy of Philip II, I intend in this article to establish the links between female holiness and the martyrdom model of England's so-called mission. First, through an image of devotion, shattered during the assault of the English on Cadiz in the summer of 1596: the so-called Virgin Vulnerata of the College of English of Valladolid, the main object of a theology of repair. Secondly through the link between the lives of the English martyrs circulating in the Catholic reading sphere and the imitation capacity generated in a woman like Luisa de Carvajal who decided to travel alone to England in 1605 with the aim of be a martyr. From there, this "Spanish English" became a privileged observer for international relations.

KEYWORDS: anglicanism; Spain-England relations; English Colleges; Luisa de Carvajal; religious reforms; martyrs; female holiness.

Javier Burrieza Sánchez (Valladolid, 1974) es Profesor Titular de Historia Moderna de la Universidad de Valladolid, tras distintos contratos de investigación en la Universidad de Alicante y en el Centro Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). Realizó su tesis doctoral, leída en 2003, sobre los trabajos de la Compañía de Jesús en el ámbito geográfico vallisoletano, bajo la dirección del profesor Teófanos Egido. Se reintegró a la Universidad de Valladolid en diciembre de 2009 dentro del programa Ramón y Cajal que culminó en 2018 con la mencionada titularidad en el Área de Historia Moderna. Desde 2009, ha elaborado un material docente muy extenso, más de dos centenares de biografías, del Diccionario Biográfico Español de la Real Academia de la Historia. Es académico correspondiente de la Real Academia de Doctores de España en la sección de Teología. Sus líneas de investigación son la Compañía de Jesús -con los Colegios de Ingleses-, el estudio de la religiosidad popular -sobre todo la Semana Santa y sus cofradías-, de las instituciones eclesiales como las Catedrales, de la historia urbana, además de la espiritualidad femenina a través de las órdenes religiosas femeninas y conventos, especialmente de monjas brígidas, salesas, concepcionistas y carmelitas descalzas. En todo ello, cuenta con numerosas publicaciones en monografías, capítulos de libros o artículos en revistas científicas.

Correo electrónico: javierburrieza@movistar.es

ID ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-4311-5831>

LA SANTIDAD FEMENINA Y EL MARTIRIO EN EL COLEGIO DE INGLESES. LUISA DE CARVAJAL

En torno a la solemnidad de la Inmaculada Concepción, el Real Colegio de Ingleses de Valladolid, fundado en 1589 por el jesuita Robert Persons, celebra la festividad de la Virgen Vulnerata, una imagen destrozada durante el asalto a Cádiz por los ingleses y holandeses en los meses del verano de 1596. Con su fuerza icónica, en ella se produce la materialización del “martirio” en una imagen mariana. Durante cuatro años permaneció en la casa madrileña de los adelantados de Castilla. Después, por las noticias que se recibieron en Valladolid, los seminaristas ingleses solicitaron su presencia en este colegio dirigido por jesuitas para llevar a cabo una labor de reparación de lo cometido por sus compatriotas. El obispo vallisoletano la denominó, en el trascurso de un sermón, como la “Vulnerata” o “Injuriada”.

Castilla recibía por extenso noticias de los mártires ingleses que se habían formado en los seminarios ingleses de Valladolid y Sevilla. En 1581 había sido ejecutado en Inglaterra Edmund Campion, que nunca pisó estas tierras. Su compañero Robert Persons -Personio como se le conocía en Castilla- pudo huir y comenzar una labor publicística que desembocó en la fundación de los mencionados colegios. Meses después de su salida hacia Inglaterra, Henry Walpole culminaba su prisión con la ejecución en 1595. Los martirios de Campion y Walpole se difundieron en tierras de la Monarquía del último Felipe II. De esta manera, aparecieron en la trayectoria espiritual de una noble como fue Luisa de Carvajal.

La publicística que se creó en torno a esta mujer, en buena parte de la mano de los jesuitas, proclamaba la personalidad y el modelo singular que ella había supuesto en su tiempo. Las virtudes que destacaron los miembros de la Compañía -Miguel Walpole, Francisco de Peralta o Juan de Pineda, que predicó sus honras en Sevilla- no respondían al estricto estereotipo de la mujer virtuosa del siglo XVII. Recurrieron a una expresión para definirla: “en el ánimo [era] más que varonil”. Leyendo las *Vidas* de Campion y

Walpole, nació en ella el deseo de viajar a Inglaterra y convertirse, en un mártir como los que estudiaron en los seminarios de Valladolid y Sevilla. Nueve años en Inglaterra, en los que compartió un modelo de santidad de frontera y desarrolló un discurso martirial, con repercusiones en esa España que era definida como “castillo roquero” frente a la “corona cismática” de la reina Isabel y su sucesor escocés (RIBADENEYRA 1781: 457). No pretendemos aquí, hacer biografía de la misma (que como veremos se encuentra suficientemente trazada) sino el retrato de un modelo martirial singular, que parte de una imitación que trata de hacer esta mujer que nunca fue monja y pretendió culminar en el escenario “de la herejía”, en Inglaterra, sin poderlo alcanzar. Todo ello desde el estudio que actualmente realizo sobre los tres colegios de Ingleses de la Monarquía católica, dentro de la propia Castilla.

Los mártires ingleses, la Monarquía católica y la devoción mariana en Valladolid

Tras haber culminado el proceso de expansión y construcción de la cristiandad en los años centrales del medievo, la figura del mártir no desapareció aunque perdió cierto empuje. Todo ello se intensificó en el siglo XVI, con la aplicación del concilio de Trento y con los habituales martirologios.¹ Pero sobre todo, la figura del mártir fue impulsada por el cisma de Inglaterra, primera frontera de la obediencia cristiana romana en esos días. La consolidación del anglicanismo estuvo definida por procesos de restauración, de uno y otro signo, que condujeron a la integración de elementos protestantes y calvinistas a lo largo del mismo. El regreso de la católica María Tudor, casada con el hijo del Emperador, supuso un cambio de rumbo que originó sus propios “mártires” pero en la otra orilla, recopilados por la obra de Foxe (SALAMANCA, 2016: 97-133). Tanto para el ámbito católico como para el específico de la Compañía de Jesús, los mártires que se generaron en aquellos momentos se convirtieron en la vanguardia de la recuperación de esta cultura, con anterioridad a la que habría de asociarse con el cautiverio argelino, en la llamada “frontera martirial civilizada” del Japón y en la

¹ Se viene estudiando desde distintos grupos de investigación como línea de trabajo los modelos de santidad, en este caso, del barroco: (ARIAS de SAAVEDRA, JIMÉNEZ PABLO, LÓPEZ-GUADALUPE 2018; además de SERRANO MARTÍN, 2018a y 2018b). Relacionando la Monarquía Hispánica con los mártires un reciente estudio de Cañeque (2020). El Anuario de Historia de la Iglesia de la Universidad de Navarra ha dedicado también en 2020 y coordinado por Fermín Labarga un dossier titulado “La canonización de 1622 y la santidad en el mundo moderno” (2020: 15-289).

“salvaje” de las Indias. Todo ello estaba llamado a crear una literatura teológica que se convertiría en ejemplarizante y capaz de generar mimetismo.

Estos Colegios de Ingleses se habrían de convertir, desde el modelo del propio de Roma dirigido por los jesuitas, en auténticas “escuelas de mártires” donde se utilizaba una literatura específica para estimular a los jóvenes que acudían a ellos. Lo pone de manifiesto Teófanos Egido cuando estudió la biblioteca de Robert Persons (EGIDO, 2010: 97-105). Entre los libros que se conservan en el Colegio Inglés de Valladolid -el único que existe actualmente de los tres- se encuentra la obra del oratoriano Antonio Gallonio, *Tratatto degli instrumenti di martirio* -“Tratado de los instrumentos del martirio y de las variadas maneras de martirizar usadas por los gentiles contra los cristianos”, Roma 1591-. Egido lo clasifica como libro instrumental, útil para la labor de formación de la casa. Se sumaron los martirologios en lengua inglesa, *The English Martyrologe conteyning a summary of the lives of the glorious and renowned saintes of the three Kingdomes*. En la edición que se imprimió en St. Omer en 1608 ya se incluía, sin que estuviesen canonizados, un catálogo de los que habían sufrido la muerte en Inglaterra desde los días de Enrique VIII hasta el entonces presente de Jacobo I.² Allí encontramos los primeros mártires que procedían de los seminarios fundados en Castilla a los que habían servido de modelo. Además, John Blackfan, miembro del fundador grupo de colegiales de Valladolid, basó buena parte de sus “Annales” en el relato de los martirios de los que habían salido de este seminario en las primeras décadas de su existencia. No podemos olvidar los títulos específicos dedicados a la persecución de Inglaterra por Pedro de Ribadeneyra o el monje jerónimo y obispo, Diego de Yepes, bajo el título “Historia particular de la persecución de Inglaterra”, publicado en Madrid en 1599.

Después, esta literatura martirial se diversificó como sus escenarios y fronteras, sobre todo en los territorios de las Indias aunque sin olvidar la Inglaterra anglicana, ya fuera del periodo “clásico martirial” (MURPHY, 1984). Así se puso de manifiesto en la “enciclopédica” obra hagiográfica de los jesuitas, que inició en 1643 Juan Eusebio Nieremberg: lo que conocemos habitualmente como “Varones Ilustres”. Desde el primer tomo, estaba asumida una amplia referencia a los mártires ingleses (con Campion y compañeros) y a los del Japón, estos ya reconocidos en altares y retablos. En

² “A Catalogve of those vvho have suffered death in England, for defence of the Catholicke cause synce the yeare of Christ 1535 and 27 of King Henry VIII, his raigne, vnto this yeare 1608”.

el segundo no olvidó al primer mártir de los jesuitas en Escocia, otro territorio de misión, y a Henry Walpole. Más tarde llegó el “Traslado del Menologio de Varones Ilustres de la Compañía de Jesús, cuyos elogios aprobados por NN.PP. Generales, se leen los días que corresponden en la Casa Professa de Roma” (Madrid, 1729). Se especificaba en su portada, la traducción a distintas lenguas para ser usado en los colegios “para mayor vtilidad, exemplo é imitación en los nuestros y para privada memoria y veneración de nuestros mayores”. Una obra esencial para conocer el concepto de la santidad privada. En sus páginas, también encontramos a los primeros mártires de la misión de Inglaterra.

La función de los Colegios de Ingleses era la formación de sacerdotes “romanos” de aquella naturaleza. Buscaban la restauración católica de un reino que había roto con Roma, fracasada en parte la vía de la invasión en 1588. La necesaria formación de sacerdotes católicos fuera del territorio originario podía contribuir a un proceso de desestabilización interior, una vez enviados a Inglaterra. La Monarquía de España tenía un papel esencial en esta misión, aunque no el primero en Europa: Douai desde 1568, Rheims, Roma, fueron casas que se abrieron antes aunque la de la Ciudad Eterna fue la inicial, dedicada en exclusiva a la formación de eclesiásticos. La sucesión fundadora de seminarios fue Valladolid (1589), Sevilla (1592) y Madrid (1610) para ingleses, sin olvidar las casas -más numerosas- de colegios de irlandeses y el único de escoceses en esta Monarquía católica (GARCÍA HERNÁN, 2006, 2011, 2012).

En los días de Robert Persons, el martirio podía ser contemplado como un medio de glorificación para una minoría, bandera y reclamo para animar a otros muchos a la Misión. El aumento de mártires no era el medio más eficaz para facilitar una vuelta rápida del catolicismo a Inglaterra. A pesar del espíritu contrarreformista reinante, los seminaristas debían sentir también temor cuando llegaba la hora de su regreso y, sobretodo, del desembarco. De ahí que la correspondencia estuviese repleta de prevenciones. En 1595, la prisión y descuartizamiento de Henry Walpole le convirtió como ministro de la casa, en el primer mártir anglo-vallisoletano del Colegio de San Albano. Acontecimiento que dotó al seminario de la autoridad que la sangre era capaz de aportar. Cuando Walpole fue apresado, hacía cuatro meses que había partido de la ciudad del Pisuerga y veinticuatro horas que había puesto los pies en Inglaterra. Permaneció dieciséis meses en prisión, “teniendo muchas disputas y conferencias con

los ministros y predicadores herejes” (YEPES 1599: 666 y ss). Las páginas de los martirologios se esforzaron por resaltar las numerosas ocasiones en las cuales sufrió torturas. Escribía Luis de La Puente que la “prisión era precursora del martirio y quien mucho ama a Jesús, alégrese con las prisiones, deseando que tras ellas vengan los tormentos y la muerte, para dar testimonio de su amor”³.

Los mártires eran capaces de provocar conductas de imitación como veremos en la trayectoria de Luisa de Carvajal. Al conocer ésta la vida y, sobre todo, el final de Campion y Walpole, mostró sus “profundos deseos” de viajar hasta Inglaterra para reproducir su conducta y padecerlo si fuese menester. Pero la cotidianidad vivida por estos seminaristas en los colegios de Castilla, administrados y dirigidos por la Compañía, fue compleja pues no todos los que llegaron traían las mismas intenciones. Podríamos apuntar el origen social de estos colegiales, sin que faltase una mitificación del exilio católico inglés con sus viajes e incomodidades (YEPES, 1599: 744 y ss.; O’SCEA, 2015: 107-130); de la trayectoria y *curriculum* de formación, así como del proceso de adaptación o no de estos exiliados; de la definición de su disposición para la Misión después del juramento de fidelidad establecido por la bula fundacional del Colegio de San Albano de Valladolid en 1592; del modelo de probación nacido desde la propia Compañía y su estrategia pedagógica definida por la *Ratio Studiorum* y hasta de la peculiaridad de una teología de controversia -que era de “mucho menester en Inglaterra, para cuya conversión se crían estos estudiantes”- frente a una positiva de los “ornamentos de escuelas” de cada una de las órdenes religiosas, habitual en la Europa católica. Todo ello debía ser mostrado para subrayar que en esta formación de los sacerdotes existía, no solo una misión estratégica y política de la Monarquía, sino una función providencial de la misma desde la defensa de las banderas del catolicismo. El horizonte que habría de culminar, no solo se encontraba en la ordenación sacerdotal sino, especialmente, en el envío. Se resaltaba mucho más el final de los mártires que su trayectoria vital en este terreno de frontera, no reducida a una trágica ejecución. Desde el estudio del exilio formativo no podemos olvidar las controversias entre las distintas fuerzas que pretendían participar en una supuesta restauración católica de Inglaterra, representadas entre el modelo de Iglesia anterior a la reforma (las órdenes monacales con la Congregación benedictina de Valladolid) o el impulsado desde una Iglesia

³ “Carta de Luis de La Puente a Luisa de Carvajal”, Valladolid, 28 julio 1608, *Biblioteca de Autores Españoles* (en adelante BAE) 111, pp. 382-383. Cfr. (PANDO CANTELLI, 2010: 117-141).

tridentina de línea reformista, representada por los jesuitas que llegaron a constituir una provincia para esta corona inglesa, a pesar de las dificultades y clandestinidades (Mc COOG, 1984: 121-139).⁴

La ciudad de Valladolid se disponía a vivir, en septiembre de 1600, la entrada solemne y festiva de esta nueva imagen mariana y martirial, la mencionada “Vulnerata”. La advocación era singular y con atractivo devocional. Una Virgen madre, privada de su hijo, con hachazos repartidos a lo largo de su cuerpo y con un rostro ausente de facciones. Según algunos autores, con anterioridad, tuvo la advocación “del Rosario”, según otros la propia “de la Victoria”. Eso sí, las crónicas de los días del asalto subrayaban su ubicación en la primitiva Catedral gaditana, el templo de Santa Cruz (DÍAZ RODRÍGUEZ, 2009). En su llegada a Valladolid fue esencial la intervención de los jesuitas -sobre todo de Antonio de Padilla, hermano de la condesa de Santa Gadea-, dentro del ámbito de una espiritualidad reparadora. Cuando Joseph Creswell -el padre Cresuelo como se le conocía en los ámbitos hispánicos (FERNÁNDEZ SUÁREZ, 1978)- anunció a la Ciudad reunida el 1º de septiembre de 1600 la llegada de la imagen profanada, los regidores no sabían si se trataba de una Virgen procedente de Cádiz o de la misma Inglaterra. El Rey había ordenado que se hiciese la procesión de la imagen mutilada “con la más autoridad posible”.

“quando se descubrió [la Virgen por parte de los seminaristas ingleses] y la vieron los braços cortados por cerca de los codos, y con tantos golpes y cuchilladas por el cuerpo, y en particular con siete heridas, fueron tantas sus lágrimas y solloços, que apenas pudieron acabar la Litanía [las Letanías a la Virgen] y entraron en vn santo coraje y zelo contra la heregía, que ha reduzido su patria [Inglaterra] a tanta desventura”.⁵

Devoción mariana con una dimensión nueva pues acercaba al pueblo los efectos de las acciones perpetradas por los considerados “herejes”, casi siempre alejados en tierras desconocidas, así como en campos de batalla. Finalmente, su entrada se produjo el 8 de septiembre de 1600, portada en la litera de Margarita de Austria, rodeada de un

⁴ Tres tomos en *Monumenta Historica Societatis Iesu. Monumenta Angliae*, ed. T.McCoog, con catálogos de los jesuitas ingleses y galeses entre 1555 y 1640; y documentos pertenecientes a los primeros momentos de la misión (1541-1562) para Inglaterra, Irlanda, Escocia y Gales, coeditado por L. Lukács.

⁵ Archivo Colegio San Albano (ACSA), *Recebimiento que se hizo en Valladolid a vna imagen de nuestra Señora*, Madrid, imprenta de la Tina, 1600; Antonio Ortiz, *Relación de la venida de los Reyes Católicos al Collegio Inglés de Valladolid en el mes de agosto. Año 1600 y la colocación y fiesta hecha en el mesmo Collegio, de vna imagen de Nuestra Señora maltratada de los herejes, dirigida a la Sereníssima señora Infanta de España doña Isabel Clara Eugenia*, Madrid, 1600.

amplio y lujoso cortejo. Los canónigos no consideraron oportuno salir de la Catedral para recibirla. La multitud se agolpó por las calles. Con esta jornada se iniciaron nueve días de celebraciones litúrgicas y de sermones. En uno de ellos el obispo Bartolomé de la Plaza, la otorgó su citado nuevo nombre y advocación.

Dos formas tuvo la devoción de perdurar entre los vallisoletanos.⁶ La primera, la más inmediata a través de los milagros. La otra, por la construcción de un templo suficiente y digno para albergar esta imagen y dar cabida a la demanda despertada. Deseos convertidos en realidad gracias a la constancia del rector Manuel de Calatayud. Tras ocho años de construcción, fue consagrado a su culto en octubre de 1679. Allí, en el retablo central de este seminario que sigue cumpliendo las funciones para las cuales nació, podemos contemplar esta imagen vinculada a la escuela escultórica sevillana del siglo XVI. Su historia fue relatada por ocho grandes lienzos que describen la historia gaditana y vallisoletana de la “Vulnerata”, realizados en torno a 1677-1679 por el pintor sevillano establecido en Valladolid, Diego Díez Ferreras.

El anhelo martirial de Luisa de Carvajal

Cuando la fundadora de las agustinas recoletas, Mariana de San José, tuvo que prestar declaración en un iniciado proceso de beatificación, definía a Luisa de Carvajal como “uno de los más raros y extraordinarios sujetos que ha conocido jamás en mujer, así en partes naturales y grande capacidad de entendimiento como en espíritu fuerte, fundado sobre sólidas virtudes”.⁷ Su personalidad ha despertado, en los últimos años, un creciente interés que ha conducido a distintos autores a enriquecer su imagen historiográfica.⁸ Hoy debemos detenernos, precisamente, en la importancia que el modelo de los mártires ingleses ejerció en su vida y los motivos que se desencadenaron

⁶ Las obras fundamentales para conocer la perduración de esta devoción de la Virgen Vulnerata, cfr. (MENDIOLA, 1667; VILLAFANE, 1726; BURRIEZA 2008).

⁷ El Proceso de Beatificación, no culminado, de Luisa de Carvajal se custodia en el Real Monasterio de la Encarnación de Madrid aunque se guarda una copia microfilmada en el Archivo General de Palacio, en Madrid, en el Fondo Luisa de Carvajal y Mendoza.

⁸ Nos estamos refiriendo a las obras de Anne J. Cruz y Glyn Redworth, especificadas en la bibliografía. En un reciente artículo publicado por la primera (CRUZ, 2019: 615-636), trabaja igualmente con estas fuentes publicadas en la Biblioteca de Autores Españoles -principal e inagotable fuente de análisis para Luisa de Carvajal- pero con un horizonte diferente al que proponemos nosotros. La profesora de la Universidad de Miami traza las redes sociales que se dibujan a través de los destinatarios de su correspondencia.

para que decidiese su viaje a prestar ayuda a los católicos clandestinos de aquel reino, expresando su deseo de compartir su final.

Ser huérfana a los seis años condicionó su trayectoria posterior como también la situación familiar en la que nació, nieta de un obispo de Plasencia que decía haberse “convertido” gracias a los trabajos de los jesuitas; hija del legitimado por el Papa, Francisco de Carvajal, regidor de León. Su tío materno, el conde de Monteagudo y marqués de Almazán, Francisco Hurtado de Mendoza, reclamó su custodia. Era un hombre ausente como embajador de España ante el emperador Maximiliano II. De su infancia, partió la afición de Luisa a la lectura de libros religiosos. Su aya Isabel de Ayllón, aquella que la enseñó a hilar oro (PINILLOS, 2000), la introdujo en la dureza espiritual, sin olvidar el aprendizaje de la lengua latina, todo ello dentro de una educación sin afectos ni sentimientos -lo que resultaba por otra parte natural-. Su tío veía en ella posibilidades espirituales que no encontraba en sus hijas y para ello empleó un método rigorista, sin olvidar el ejercicio de la oración mental y la práctica de la obediencia y de la negación de su voluntad. Era la espiritualidad de la mortificación y de la penitencia, física y mental, como sucedía cuando buscaba lugares oscuros en los cuales sentir miedo, sin olvidar la caridad y las lecturas que compartía con su tío. Éste pensó para ella un matrimonio que tenía mucho de alianza y contrato, horizonte que no culminó.

Cuando la familia regresó a la Corte madrileña, doña Luisa decidió una vida independiente que no se concebía en una mujer. Primero lo hizo en unos aposentos, cuya reforma se encuentra documentada.⁹ Estos cambios coincidieron con la muerte del marqués de Almazán, acogiendo a la que pudo ser su compañera más constante, la que con los años se habría de convertir en la monja agustina recoleta Inés de la Asunción. Fallecido su tío y con la oposición primero de su viuda y de su primo Francisco Hurtado de Mendoza, ella expresó su deseo de ser “mujer baja y desheredada y olvidada de todos”. Una decisión que se magnificaba en los ambientes cortesanos de Madrid en los que vivía pues trasgredía los privilegios de nacimiento. Estaba acompañada de tres o cuatro mujeres que empujó a morar en una casa pobre (como así la calificaba) de la calle de Toledo, junto a la Compañía de Jesús, anterior a la construcción del nuevo Colegio Imperial, dentro de un ámbito reglamentado que recordaba a un beaterio,

⁹ Archivo Colegio San Albano, ACSA, Serie II, libro 8, documento 10.

aunque Luisa de Carvajal nunca fue monja ni permaneció bajo la regla de ninguna orden religiosa, lo que la ubicaba en un “sospechoso” estado intermedio para una mujer.

No quiero insistir en la cotidianidad espiritual de esta comunidad pero sí en la práctica de la lectura pues, a través de ella, se produjo el contacto con el ámbito martirial: los libros y la formulación de los votos. Indicaba su “biógrafo” que muchas veces leía la Sagrada Escritura (solo se disponía de la versión latina) y a los Santos Padres y maestros medievales de espiritualidad, “los padres más doctos y místicos”; “hablaba con todas [con las compañeras] sobre las mismas cosas que había leído” (MUÑOZ, 1632: 122). Su vida espiritual estaba jalonada por los votos de perpetua pobreza, obediencia y el más original desde 1598, el “de martirio”, en el cual manifestaba su ansiedad por participar en la persecución de la que eran objeto los católicos en Inglaterra. Por algo, había escrito al jesuita Hernando de Espinosa: “procuraré cuanto me sea posible, buscar todas aquellas ocasiones de martirio que no sean repugnantes a la ley de Dios” ¿Cuándo nació en Luisa de Carvajal este deseo de ser mártir?

Para algunos autores se produjo en Pamplona en 1583 -mientras su tío era virrey-. Ya por entonces circulaba por Castilla la “Relación” del martirio del jesuita Edmund Campion, en compañía de trece clérigos y un lego, escrita por el embajador español ante Isabel I, Bernardino de Mendoza y fechada en 1581. Este diplomático había escrito los “Comentarios de lo sucedido en los Países Bajos desde el año 1567 hasta el de 1577”. Según el proceso informativo para su beatificación, esta obra la pudo leer con quince años.

“Vino á sus manos una carta escrita [...] que refiere el glorioso martirio del padre Edmundo Campiano, valeroso soldado de la Compañía de Jesús que, con heroico valor por cárceles y tormentos y una atrocísima muerte, fue caudillo a otros muchos de esta sagrada religión á que con ánimo constante é invencible se hayan opuesto á la persecución de la religión católica que por tantos años han procurado extinguir los señores de aquel reino: aumentáronse con esta carta sus deseos con una emulación santa de los católicos, que padecen en Inglaterra, donde se le representaba grande y preciosa ocasión de padecer por Dios y dar por su fe la vida, ó que, por lo menos, pasando á esta isla podía hacer compañía á los católicos, oprimidos en sus cárceles y trabajos, y series de algún alivio y consuelo” (MUÑOZ, 1632: 254).

“hablaba muchas veces con sus primas [las hijas de los marqueses de Almazán] de los combates y glorias de los mártires; entreteníase dulcemente con estos pensamientos, más sin dar cuenta de ello á su confesor y tío porque nos los tuviesen por locura, ni ella

misma entendía quisiese nuestro Señor de ella más que estos afectos” (MUÑOZ, 1632: 253).

Después llegó la “Vida y martirio” de Henry Walpole (YEPES, 1599: 666-710), escrita por su hermano, el también jesuita Ricardo Walpole, residente en el seminario de Valladolid. Dice su compañera Inés de la Asunción, que tanto aprecio manifestó Luisa de Carvajal por este libro que lo situaba en la cabecera de su cama. Todavía en Madrid confesaba haber recibido de mano del jesuita Jerónimo de Acosta -de una familia de comerciantes de Medina del Campo, con cinco hijos en la Compañía- la relación de dos sacerdotes, uno de ellos colegial de San Gregorio de Sevilla que, en su peculiar ortografía de la lengua inglesa, llamaba “padre Esprat”, residentes ambos en Inglaterra desde hacía dos años.¹⁰ Finalmente, en 1598 pronunciaba el singular voto de martirio:

“Viendo que los impetuosos y delicadísimos afectos de dar la vida por Cristo nuestro Señor, siguiendo sus dulcísimas pisadas, uniéndome estrechamente con Él por este medio, tenían en gran manera apretado mi corazón y penetrado de una gravísima herida, que ya no estaba en mi mano satisfacer á su deseo, quise acudirle con el alivio que pude, haciendo el voto que se sigue: Yo, Luisa de Carvajal, lo más firmemente que puedo, con estrecho voto, prometo á Dios nuestro Señor que procuraré cuanto me sea posible buscar todas aquellas ocasiones de martirio que no sean repugnantes á la ley de Dios, y que siempre que yo hallare oportunidad semejante haré rostro a todo género de muerte, tormentos y rigurosidad, sin volver las espaldas en ningún modo, ni rehusarlo por ninguna vía y que cada y cuando me viere en ocasión tan venturosa, me ofreceré sin ser buscada. El haber hecho este voto ha sido para mí de gran gusto y contentamiento, cuanto espero lo será la posibilidad de ejecutarle y en el interín me consuelo con él extrañamente, deseando, aunque tan miserable sobre todas las cosas, que en esta y en las demás se cumpla en mi perfectamente la inestimable voluntad de Dios” (MUÑOZ, 1632: 255-256).

El punto definitivo de este contacto se produjo en Valladolid cuando doña Luisa vivió junto al Colegio Inglés (WILLIAMS, 1996: 285-299). Juan Cerain, que tanto tuvo que ver después con el de Ingleses de San Jorge de Madrid, declaró en el proceso de beatificación que, para la vinculación con la realidad martirial, fue mucho más crucial el trato en Valladolid con los seminaristas ingleses. Además de la anterior presencia de Persons, en esta casa vivían los mencionados hermanos Ricardo y Miguel Walpole, de gran influencia sobre ella. El segundo, “varón de gran bondad y doctrina”, tuvo acceso a

¹⁰ “Carta a Magdalena de San Jerónimo”, Madrid 29.I. 1601, en BAE 179, p. 109. Diego de Yepes (1599: 852-854) incluye: “La muerte de Roberto Gaulero, y Tomás Egerton, alumnos del Seminario Anglico de Seuilla, escrita por el Padre Francisco de Peralta, Rector del mismo Colegio, en las cartas anuas del año 1595” (PÉREZ TOSTADO, 2003: 645-655).

los papeles personales generados por esta escritora y elaboró su primera “Vida” -antes que la publicada por Luis Muñoz en 1632-.¹¹ La estancia de doña Luisa en Valladolid, en esta nueva Corte, se debía a un pleito sobre la herencia de su padre que tenía que dirimirse ante el Consejo. Aunque su progenitor había fundado mayorazgo en la persona de su hijo Alonso de Carvajal, lo dispuesto para su hija todavía continuaba en manos de sus curadores. Ella desarrolló una lucha muy prolongada por espacio de doce años, con enfrentamientos, incluso, con su hermano. Resultaba contradictorio que una mujer que había renunciado a privilegios, pleitease por dinero. La razón se encontraba en el fin que se pretendía dar a estos fondos. Pero recordemos que el “voto de martirio” se había pronunciado tres años antes de la llegada en 1601 a Valladolid. La vecindad con el Colegio pudo ser la confirmación de este horizonte.

El mimetismo de los ejemplos concretos fue la principal razón. Pronto, doña Luisa habría de advertir a Magdalena de San Jerónimo,¹² consejera de la infanta gobernadora de los Países Bajos, la influencia que podrían tener sobre los católicos ingleses las nuevas circunstancias y relaciones políticas que se estaban configurando entre Inglaterra y la Monarquía Católica, después de la muerte de la reina Isabel en 1603. En esta dama noble había prendido la imagen clásica que en España existía hacia la soberana inglesa. Dos años antes de su desaparición, subrayó que la temible “Isabela” se hallaba en los últimos momentos de su existencia: “buena se da la reina a hacer mártires en los pocos años de vida que le quedan”. Era la “miserable mujer”, la perseguidora de la Iglesia, la impulsora de la “más astuta y pestilencial persecución que ha habido en muchos siglos”.¹³ Cuando se produjo su fallecimiento, Luisa de Carvajal se recreó aún más en esta imagen, asegurándola un tormento terrible en la otra vida. Una muerte que coincidió con la de la emperatriz María de Austria, fundadora del Colegio Imperial: “bien diferentes juicios debieron ser los suyos y bien contrarias suertes los harán ahora”.¹⁴ Y con el presentimiento de este final, se encontraba el deseo de sentar en el trono inglés a la infanta española Isabel Clara Eugenia, que ya había acompañado a su

¹¹ Los papeles autobiográficos de Luisa de Carvajal pasaron después a Sevilla donde fueron guardados por el padre Enrique Polardo, compañero también de Walpole. Gracias al también jesuita padre Norton estos documentos pudieron ser consultados por Luis Muñoz, en la segunda “Vida” que se escribió sobre esta escritora.

¹² Para Magdalena de San Jerónimo, véase: (BARBEITO, 1991; TORREMOCHA, 2014: 34-48; TORREMOCHA, 2017: 60-65; TORREMOCHA, 2018: 59-86; VAN WYHE, 2011: 245).

¹³ “Carta de Luisa de Carvajal a Magdalena de San Jerónimo”, Valladolid, 29.V. 1601, BAE 179, p. 112.

¹⁴ “Carta de Luisa de Carvajal a Magdalena de San Jerónimo”, Valladolid, 4.V.1603, BAE 179, pp. 131-132.

padre en su visita al Colegio de San Albano en el verano de 1592. Una propuesta que había convertido Persons en letra impresa en 1594. Ella podía ser la “reina santa”. Pero la realidad sucesoria se volcó en el monarca escocés, Jacobo VI. Éste tenía motivos para ser “hombre de bien” al ser hijo de la reina María Estuardo. Pero si Inglaterra lo había aceptado como su Rey había sido porque aseguraba la continuación de la ruptura con Roma. Siempre podía existir confianza, desde la orilla católica, en su conversión¹⁵ aunque en los días de los inmediatos tratados de paz con Inglaterra, doña Luisa nunca mostró buena opinión por este cambio de rumbo, que maquillaba a su juicio muchos embustes.¹⁶

Esta dama noble habría de solucionar el problema de su herencia si quería hacer algo por los católicos ingleses que fuese más allá de las cartas enviadas a Flandes desde Valladolid. En la nueva Corte, los jesuitas -sobre todo Antonio de Padilla y José de Acosta- habían sido su tarjeta de presentación; se ofrecieron a buscarle casa, una vivienda pobre e “indecente” en palabras de Juan de Cerain.¹⁷ Y aunque mantuvo una intensa relación con los otros dos colegios de la Compañía en esta Corte del Pisuerga, en el de los Ingleses veía toda una fuente de “gente tan virtuosa y en quien tanto se descubre del glorioso poder de Dios”;¹⁸ jóvenes alegres que en medio de las persecuciones se preparaban para el martirio. Manifestaban contento a pesar de las incomodidades del camino y de la pobreza aunque en algunos casos el origen de los seminaristas fuese privilegiado.¹⁹ Era menester contribuir a la prosperidad de estos seminarios, pidiendo la intervención de aquellas personas que, como Magdalena de San Jerónimo, podían llegar hasta Isabel Clara Eugenia en Flandes. Doña Luisa era de las que también creían que los colegios del exilio contribuían a la estrategia político-religiosa de la Monarquía:

“si ellos [los seminarios] levantasen cabeza en Inglaterra, harto le importaría a Flandes; y no es pequeño motivo para que los amemos los que amamos a Flandes y a sus amos; que dicen no hay cosa que más deseen que ver a sus Altezas reyes de Inglaterra”.²⁰

¹⁵ “Carta de Luisa de Carvajal a Magdalena de San Jerónimo”, Valladolid, 4.V.1603, BAE 179, p. 132.

¹⁶ “Carta de Luisa de Carvajal a Magdalena de San Jerónimo”, Valladolid, 29.V.1601, BAE 179, p. 112.

¹⁷ Este funcionario de los tribunales y de los Consejos que había seguido a Felipe III en su traslado a Valladolid, en su nuevo emplazamiento, ayudó a doña Luisa en el “negocio de las cuentas de su tutela”.

¹⁸ “Carta de Luisa de Carvajal a Magdalena de San Jerónimo”, Valladolid 10.IX.1601, BAE 179, p. 114.

¹⁹ “Carta de Luisa de Carvajal a Magdalena de San Jerónimo”, Valladolid, 10.IX.1601, BAE 179, p. 114.

²⁰ “Carta de Luisa de Carvajal a Magdalena de San Jerónimo”, Valladolid 11.I. 1602, BAE 179, p. 117.

Se refería, naturalmente, al archiduque Alberto de Austria y a su mencionada esposa, prima e infanta.

La correspondencia de Luisa de Carvajal, en los años vallisoletanos, se encontraba plagada de datos y referencias a la vida del seminario inglés. Se hacía eco, en noviembre de 1603, de los incidentes de los jesuitas que lo gobernaban con los monjes de la Congregación de San Benito cuando acogieron, desde 1599, a los colegiales que se escapaban. Los jesuitas -según esta escritora- acusaban a los benedictinos de despoblar poco a poco San Albano, fijándose en colegiales que ya se encontraban formados intelectualmente y sobre los cuales habían gastado muchas de las haciendas que administraba el Colegio. Se hacía eco también de la falta de experiencia de la que, con sus acciones, hacían alarde los monjes benitos.²¹ Años después, en Inglaterra, habría de conocer a uno de los protagonistas de esos incidentes, el que fue mártir John Roberts.²² Además de consolidar su vinculación con los hermanos Walpole,²³ pudo entablar relación con esas monjas inglesas que se habían visto abocadas a los caminos sin disponer de las infraestructuras en el exilio que poseían los seminaristas. Por esta Corte iban a pasar cinco inglesas que caminaban hacia el monasterio de las brígidas, el de Sión, en Lisboa.²⁴ Era el “convento das Inglesinhas” donde habían llegado las primeras religiosas en 1594, protegidas después por Felipe III -que era Felipe II de Portugal-.²⁵ Mientras que el sacerdote que las había acompañado desde Flandes, atravesando Francia, moró en el Colegio de Ingleses, ellas fueron acogidas en la casa de esta noble:

“Tuvísimoslas diez días aquí, causándome su presencia y compañía el gusto y edificación que no sabría fácilmente decir; mostraron grande discreción en todo y mucha afabilidad y alegría [...] Quise detenerlas aquí un mes o dos, con ocasión de no estar bien dispuesta la una dellas y haberse sangrado aquí dos veces; pero no hubo remedio con el

²¹ “Carta Luisa de Carvajal a Magdalena de San Jerónimo”, Valladolid 16.XI. 1603, BAE 179, p. 137.

²² “Carta de Luisa de Carvajal a José Creswell, SJ”, Londres, 16.IV.1611, BAE 179, p. 318.

²³ “Carta de Luisa de Carvajal a Inés de la Asunción”, Hacia Burdeos 16.II.1605, BAE 179, p. 149.

²⁴ *Relación que embieron las Religiosas del Monesterio de Sion de Inglaterra que estauan en Roan de Francia al padre Roberto Personio de la Compañía de Jesús, de su salida de aquella ciudad y llegaba a Lisboa de Portugal. Traduzida de inglés en castellano por Carlos Dractan, sacerdote inglés del colegio de Valladolid, en la queal se descubre mucho el estado en que están las cosas de Francia después de admitido Vandoma por Rey*, Madrid, viuda de Pedro Madrugal, 1594.

²⁵ Diego de Yepes en su Historia de la persecución en Inglaterra, incluyó un importante capítulo dedicado a estas exiliadas (1599: 714-737): “La Fvndación, Institivto y estado de los monasterios de Sion y Belem en Inglaterra y de los sucesos que las personas religiosas dellos han tenido desde que salieron de su patria”, en el libro Sexto de esta obra. Cfr. (BARANDA LETURIO, 2018: 129-152). La vida religiosa, el exilio inglés y las actitudes de esta católica no lo podemos abordar en este retrato martirial de Luisa de Carvajal. Para ello tendríamos que indicar la influencia que pudo ejercer sobre Mary Ward, que intentó desarrollar una nueva rama femenina de la Compañía de Jesús (CRUZ, 2019: 620).

padre Cuberto [sic], que era el que las traía y venía con gran deseo de volver a Flandes. La una de estas señoras salió, para venir, de la misma casa de la reina de Inglaterra; la otra era Isabel Smith que creo es la que vuestra merced, mostrando que la conocía. No salieron de casa, sino solamente para el Colegio Inglés, y una tarde, muy tarde a palacio, que las envió a llamar la reina [Margarita de Austria], mientras el rey [Felipe III], estaba en el bautizo del de Niebla [Pedro de Guzmán, cazador mayor del rey] y todo aquello de palacio bien solo y sin gente”.²⁶

Mientras que aquellas monjas brígidas -de su primera Orden- se habían sorprendido del modo en que eran recibidas en las ciudades francesas, “de España no podrán ellas decir otro tanto” como escribía doña Luisa. Y aunque en Valladolid tuvieron la visita del nuncio Gennasio, también hubo notables que trataron de fundar una casa para estas inglesas en una Corte de variedad de ofertas religiosas, aunque nada de esto último se pudo culminar. Después de su partida de Valladolid y de su llegada a Lisboa, doña Luisa volvió a tener noticias de ellas, calificándolas como de auténticos “ángeles”.²⁷ En esa preocupación hacia la vida religiosa de las mujeres, mencionaba a Margarita Walpole, la hermana del mártir: “he deseado con extremo traella a mi compañía”, hasta ver logrado el monasterio de “inglesas” en Valladolid o consolidado el de Lisboa. Pedía que doña Magdalena desde Flandes, la hiciese llegar a Castilla a través de Francia. Las cartas están llenas de disposiciones para el viaje -“el mar tiene mil peligros”- y para la dotación de la que iba ser religiosa: “yo haré que no falte lo que es dinero con seguridad y certidumbre”.²⁸ Pero nada de ello fue tan fácil como se suponía.²⁹

El pleito que la había traído a Valladolid se complicó en demasía hasta llegar a dos sentencias, el 26 de agosto y la definitiva el 6 de diciembre de 1604,³⁰ con una anterior que obligaba a entregarle los doce mil ducados que había establecido el testamento de su padre, más diez mil de intereses. Alonso Carvajal confirmó que su hermana no podía obtener este dinero pues ni había contraído matrimonio ni había profesado en un claustro. La primera sentencia de 1604 no aceptaba estas condiciones,

²⁶ “Carta de Luisa de Carvajal a Magdalena de San Jerónimo”, Valladolid 24.VIII.1602, BAE 179, pp. 121-122,

²⁷ “Carta de Luisa de Carvajal a Magdalena de San Jerónimo”, Valladolid 24.VIII.1602, BAE 179, pp. 121-122.

²⁸ “Carta de Luisa de Carvajal a Magdalena de San Jerónimo”, Valladolid 25.I. 1603, BAE 179, p. 128.

²⁹ “No sé como no me hizo vuesa merced de decirme algo en su carta de Margarita, la hermana del santo mártir Enrique Valpolo. Suplícole me la haga en este particular con el cuidado posible; que holgará verla fuera de Inglaterra antes desta revolución que ahora habrá [se refería a la muerte de la reina Isabel]”, en “Carta de Luisa de Carvajal a Magdalena de San Jerónimo”, Valladolid 4.V.1603, BAE 179, XVI, p. 131.

³⁰ ACSA, Serie II, libro 8, documento 100.

aunque en el caso de ser monja se hubiese introducido una corrección. El escribano real, a través de una “escritura de transacción y concierto”, establecía que los Carvajal debían dejar de pleitear, teniendo doña Luisa que redimir un censo. La sentencia definitiva fue la segunda, que establecía que la parte que incumpliese las condiciones de esta escritura tendría que pagar de penalidad la cantidad de dos mil ducados. Con el camino libre y sin poder llevar a su compañera Inés, porque el confesor Lorenzo da Ponte así se lo impidió -profesó en las agustinas recoletas de Medina del Campo-, era la hora de hacer los preparativos para el inmediato viaje.

Y aunque muchos no habían entendido las intenciones de esta española que se quería hacer mártir en Inglaterra, algunas damas de la nobleza le proporcionaron los medios (las mulas) para emprender su camino. Según el proceso informativo podrían haber sido la duquesa del Infantado (Ana de Mendoza), la de Medina de Rioseco y esposa del almirante (Vittoria Colonna) y la condesa de Miranda (María de Zúñiga). Otras fuentes se referían a los duques de Frías y de Cea. Antes de su salida de Valladolid, otorgó testamento (22 de enero de 1605). El dinero recuperado estaba destinado a la “mayor honra de Dios” (MUÑOZ, 1632: 266-267). Persons lo debía conducir a la fundación de una casa de religiosos ingleses de la Compañía de Jesús³¹ y su prepósito general, Claudio Aquaviva, aceptó la fundación del seminario de Lovaina, en junio de 1605.

El desplazamiento a Inglaterra de Luisa de Carvajal y el camino del martirio

“Preguntándola la Duquesa del Infantado a qué iba a Inglaterra, respondió que a ser mártir y replicándola que quién la forzaba y obligaba a ello pudiendo en España servir a Dios y llevar adelante su buen propósito, respondió que bien sabía que muchos juzgarían á liviandad su resolución, más que como su ánimo era impelido de quien sabía su celo, no la podía excusar de ningún modo” (MUÑOZ, 1632: 276-277).

Abandonaba Valladolid el 27 de enero de 1605,³² “con alegría y sin echar una sola lágrima dejando tan buena patria”. Únicamente, llevaba consigo cincuenta escudos de oro, según confirmaba un recibo por el cual tomaba a cuenta de su hacienda este dinero. El conde de Miranda, como antes se lo habían ofrecido otros, le ofertó recursos

³¹ “Carta de Luisa de Carvajal a Esteban de Ojeda”, Valladolid 14.I. 1605, BAE 179, p. 144.

³² “Carta de Luisa de Carvajal a Inés de la Asunción”, Valladolid 21.I.1605, BAE 179, p. 147.

monetarios para viaje tan penoso pero ella no los quiso: hasta París, “nieve, aire y agua”.³³ No iba sola: “llevo sillón algo hondo y fieltros para el agua; y las cosas del baúl en una manga del sayal a las ancas de la mula grande”. Luis Muñoz escribe que la acompañaba un sacerdote que celebraba la misa y le daba la comunión, Miguel Walpole, que caminaba disfrazado para ocultar su identidad y poder entrar en Inglaterra sin problemas. Los espías no se percataron de su presencia aunque a doña Luisa la inquietaba un mozo que los acompañó hasta Irún y que después, en Valladolid, podía informar al embajador inglés, en la Corte para conseguir la ratificación de la paz de Londres.³⁴ Sin ocultar su condición de católica en una Francia que acababa de salir de las guerras de religión, antes de embarcarse hacia Inglaterra no pasaron finalmente por los Países Bajos para visitar a Isabel Clara Eugenia. Sí estuvo en St. Omer donde se había fundado un seminario inglés en 1593. Algunos avisos recibió de jesuitas ingleses para que no entrase en Inglaterra, aunque el superior Henry Garnet terminó enviándole un guía para su llegada al reino. Tras una travesía desde Calais, en medio de graves riesgos en el mar, pisaba tierra inglesa el 1 de mayo de 1605.

Luisa de Carvajal desconocía plenamente la lengua y los siete primeros meses fueron de máxima clandestinidad. A pesar del nuevo tiempo en las relaciones diplomáticas entre la Monarquía católica e Inglaterra, el problema religioso no fue abordado en las negociaciones. Jacobo I publicó un bando para que saliesen de Inglaterra todos los religiosos de la Compañía de Jesús, mientras que expulsó por barco a aquellos sacerdotes que permanecían presos en aquel reino. Medidas que se habían dictaminado antes de la entrada de Luisa de Carvajal en Londres. Además el monarca, en las negociaciones de paz, había plasmado la necesidad de suprimir los seminarios ingleses católicos de Castilla y las inspecciones de la Inquisición a los barcos ingleses que llegaban a España. Por el contrario, a los embajadores españoles les interesaba cortar la ayuda que los ingleses prestaban a los rebeldes holandeses y conseguir la libertad de conciencia para los católicos. La aspiración de lograr una vuelta a la obediencia a Roma era una meta cada vez más imposible. Los bienes de los católicos continuaban siendo confiscados. A los que no asistían a los oficios anglicanos se les imponían importantes multas. El Consejo privado realizaba declaraciones públicas

³³ “Carta de Luisa de Carvajal a la madre Ana de Jesús, carmelita en Flandes”, 30.VI. 1607, BAE 179, p. 218.

³⁴ “Carta de Luisa de Carvajal a Cristóbal Walpole”, camino de Burdeos 16.II. 1605, BAE 179, p. 149.

contra la “supersticiosa religión de los papistas”. El único respiro de los católicos era la presencia de embajadores como el español Pedro de Zúñiga, que llegaba en esos momentos y que tanto “sirvió” a doña Luisa. Ésta consideraba que los intereses políticos debían permanecer subordinados a los religiosos y que, además, los holandeses tampoco iban a proceder con blandura en la negociación de la tregua que se habría de firmar con ellos en 1609.³⁵ Siempre se opuso a cualquier negociación de alianza matrimonial entre ambas monarquías -entre un viudo Felipe III y la hija de Jacobo I o entre el príncipe de Gales y la infanta María de Austria- (REDWORTH, 2004). Con rotundidad se lo exponía al hombre del duque de Lerma, Rodrigo Calderón, su pariente (al estar casado con su prima Inés de Vargas)³⁶: “el consuelo y alivio de los católicos, señor, veo que es buitre volando y su tribulación, pájaro en mano, o por mejor decir, avestruz a cuestras, intolerable”.³⁷ Y aunque la esperanza de Luisa de Carvajal siempre se había llamado Isabel Clara Eugenia, la infanta no se interesaba por las propuestas de la española. La situación de los católicos en Inglaterra había empeorado a partir de la llamada “Conspiración de la pólvora”. Según relataba a su hermano Alonso, en los pulpitos de aquel reino se predicaba que España era una tierra de

“bestias salvajes cruelísimas y que beben sangre humana; idólatras, que adoran palos y piedras y, lo peor, que es la abominación del antecristo y ramera de Babilonia que es el Papa, y un panecito que decimos que es nuestro Dios”.³⁸

Después de estos juicios, cualquier paz entre ambos monarcas, aunque hubiese sido ratificada en Valladolid en la solemnidad del Corpus Christi de 1605, nunca podía haber sido beneficiosa para los católicos.

Para doña Luisa, lo más terrible que sufrían los católicos en su reino era lo que se conocía como “buscas en sus casas” -en inglés “searches”- entradas inesperadas de día o de noche, realizadas por los alguaciles de los “falsos obispos”. Registraban hasta el último rincón con unos “hierros muy agudos” para comprobar si existían huecos que formasen cámaras de escondites -“ellos han descubierto muchos lugares secretos de

³⁵ “Carta de Luisa de Carvajal a la madre Ana de Jesús”, 30.VI.1607, BAE 179, 218. (GARCÍA GARCÍA, 1996).

³⁶ “Carta de Luisa de Carvajal a Rodrigo Calderón”, Londres 21.VI.1612, BAE 179, p. 346; “Carta de Luisa de Carvajal a Rodrigo Calderón”, Londres 29.VI.1612, BAE 179, p. 350. Cfr. (LEVY-NAVARRO, 2017: 279-290).

³⁷ “Carta de Luisa de Carvajal a José Creswell”, Londres 16.II. 1612, BAE 179, p. 341.

³⁸ “Carta de Luisa de Carvajal a Alonso de Carvajal”, BAE 179, p. 374.

casas de católicos, los cuales están sin duda como corderos entre lobos”-. Allí es donde se solían esconder los sacerdotes o, incluso, los bienes que los delataban: “si hallan sacerdotes, su amada presa, ésta es toda su gloria”. Y en el caso de ocurrir esto, los dueños de la casa tenían la vida comprometida. En algunos casos, y aprovechando el miedo, concertaban con los católicos pasar de largo a cambio de una cantidad de dinero, que renovaban en cada una de sus visitas. Era la corrupción de la persecución: “por un padre de la Compañía o grave religioso de otra orden, llevan cuatro mil reales, pocas veces, dos mil o tres mil”.³⁹ Por otra parte, las cárceles estaban repletas, sobre todo Newgate, tanto que se empezaba a estilar las “libertades provisionales”. Ante la palabra de un hombre delante del carcelero, el sacerdote preso salía por la mañana y volvía a la noche. En otras prisiones, la libertad fue obligada ante brotes internos de la peste. A juicio de doña Luisa, los católicos presos en el interior de Inglaterra sufrían mucho más que los que eran conducidos a Londres.⁴⁰ Ante esta situación carcelaria, ella pensaba que los embajadores españoles debían tener el suficiente valor dentro de un papel que era difícil de jugar, “con el más desbaratado Gobierno que debe haber en el mundo, y no hallará estaca en pared en esta Embajada”, como le escribía a Rodrigo Calderón, en el inicio del conde de Gondomar como representante diplomático.⁴¹

La clandestinidad aportaba extraños compañeros de viaje que encontraban su salvavidas en las embajadas de los monarcas católicos, como singular y peligrosa compañera lo fue ella en las casas por las que moró. Será el padre Miguel Walpole, al cual Robert Persons había encomendado cuidar de manera especial de Luisa de Carvajal, el que pensó que para la española era conveniente alquilar una casa a la sombra de la residencia del embajador Zúñiga. Además de tener asegurada la misa y la comunión diaria, podría refugiarse en la misma en caso de conflicto.⁴² Con el recrudecimiento de la culpabilización de los católicos por la “Conspiración de la pólvora”, decidió su establecimiento en el piso superior de la embajada, en un espacio cedido por el confesor fray Juan de San Agustín. Allí vivió acompañada de dos mujeres que formaban una pequeña comunidad (aquí podría volver el debate de los conventos).⁴³ Una protección diplomática que parecía encontrarse reñida con el formulado voto de

³⁹ “Carta de Luisa de Carvajal a la marquesa de Caracena”, Londres 16.IV. 1611, BAE 179, pp. 320-321.

⁴⁰ “Carta de Luisa de Carvajal a José Creswell”, Londres 3.IX. 1611, BAE 179, p. 331.

⁴¹ “Carta de Luisa de Carvajal a Rodrigo Calderón”, Londres 29.III.1613, BAE 179, p. 391.

⁴² “Carta de Luisa de Carvajal a Magdalena de San Jerónimo”, Londres 2.II. 1606, BAE 179, p. 156.

⁴³ “Carta de Luisa de Carvajal a Jose Cresvuelo”, Londres 12 agosto 1607, BAE 179, p. 224.

martirio de 1598. Pensó en irse a vivir sola⁴⁴ aunque el capellán creía que era entregarse en manos de los perseguidores. Estaba dispuesta a pedir limosna aunque estas no faltaban desde España pues, las nobles que no la abandonaban, se la hacían llegar a través del viceprefecto de la misión de Inglaterra, el padre Creswell. Este jesuita sabía dónde vivía, no alejada de las embajadas de Venecia y Flandes, “desasida todo lo posible de la sombra de España”.⁴⁵ Ella misma confesaba en 1607 lo difícil que era adaptarse a la vida de un reino como era aquel. “¡Qué grandes ejercicios hay de paciencia en esta tierra!” escribía.⁴⁶

El sufrimiento del martirio sin perder la vida

La presencia de Luisa de Carvajal en Inglaterra fue polémica y se extendió, incluso entre algunos de sus apoyos, todo un debate acerca de su necesario regreso a España. Ella había afirmado que realizaba trabajos que serían impensables en el lugar del que procedía. Lograba recuperar los cuerpos de los mártires que eran ejecutados pero también “batallaba” a través de sus palabras contra “la ceguedad y error desta gente”. Sin embargo, el mismo confesor del embajador Zúñiga la persuadía para que regresase. Profesar en el monasterio donde era superiora su amiga Mariana de San José podía ser una salida más que honrosa e, incluso, introducir la reforma de las agustinas recoletas en Flandes, como lo hacía desde el Carmelo otra de sus amigas por correspondencia, la monja descalza Ana de Jesús, que también se mostró partidaria de que saliese de Inglaterra. Pensaba la discípula de Teresa de Jesús, que Luisa de Carvajal estaba superponiendo sus propios intereses a los ajenos. Ante este criterio, respondía por escrito:

“no se me puede descubrir qué quiere Su Majestad [Dios] de mí en Inglaterra, aunque parece querer la perseverancia en ella, hasta ahora a lo menos. Y esa fuerza poderosa de su gusto me tiene aferrada aquí con la misma fuerza que me sacó y arrancó de España”.⁴⁷

⁴⁴ “Carta de Luisa de Carvajal a Alonso de Carvajal”, BAE 179, p. 374.

⁴⁵ “Carta de Luisa de Carvajal a José Creswell”, Londres 15.X. 1611, BAE 179, p. 332.

⁴⁶ “Carta de Luisa de Carvajal a Inés de la Asunción”, Londres 31.VIII. 1607, BAE 179, p. 227.

⁴⁷ “Carta de Luisa de Carvajal a la madre Ana de Jesús”, Londres 30.VI. 1607, BAE 179, p. 218.

Opiniones que contrastó con el padre Miguel Walpole, su director espiritual, “el que acá tiene las veces de Nuestro Señor para conmigo” y en él encontró su decisión.⁴⁸ Mientras Magdalena de San Jerónimo le insistía en la necesidad del regreso, ella le respondía que en aquella “selva espesa de fieras”⁴⁹ todavía no habían culminado sus trabajos. Debía continuar ayudando a los católicos ingleses a perseverar en la fe, planteando la posibilidad del martirio. Y aunque en alguna ocasión abrió el camino hacia Flandes, esta diferencia de criterios condujo a que la relación epistolar entre ambas se empezase a enfriar utilizando, a juicio de Luisa de Carvajal, doña Magdalena fuertes palabras en sus cartas e, incluso supuestas epístolas de la infanta y gobernadora. Parece ser que la “española inglesa” podía ser definida como un elemento desestabilizador en la política de normalización que desde Madrid y Bruselas se quería plantear con Inglaterra y Holanda (FREITAS, 2018: 5-28).

No solamente se conformaba con su presencia sino que pensaba que la Monarquía católica y los españoles debían impulsar fundaciones en Inglaterra y no continuar la multiplicación conventual en una tierra, y así lo veía desde allá, carente de “contradicciones en la fe”.⁵⁰ Si los demás la aconsejaban que huyese de la persecución era precisamente esto lo que más la animaba. Además había recibido el apoyo, para su misión, desde Roma a través de Persons, del papa Paulo V: “tenía particular contento de su asistencia en Inglaterra y que de su parte la dixessen passase adelante con lo que avía comenzado” (MUÑOZ, 1632: 309). A los jesuitas ingleses les correspondía animarla a continuar con su misión. Desde Valladolid el grupo afecto a los jesuitas apoyaban su estancia en Inglaterra, como sucedía con Marina de Escobar, los padres Antonio de Padilla y Luis de La Puente, aunque este último con matices. Ya en 1606, la había señalado este prestigioso confesor y autor espiritual que suficiente martirio era su regreso a España: “mire qué santa llaneza. Yo digo, cierto, que mi amor propio no lo tendrá por gran martirio”.⁵¹ Eso sí, tanto La Puente como Marina de Escobar la advertían que en España e Italia había personas de gran peso entre los católicos que apoyaban su permanencia en Inglaterra. Quizás se referían a los padres Persons y Bartolomé Pérez de Nueros, asistente de España del padre general de la Compañía.⁵²

⁴⁸ “Carta de Luisa de Carvajal a Mariana de San José”, Londres 8.V. 1606, BAE 179, p. 171.

⁴⁹ “Carta de Luisa de Carvajal a Magdalena de San Jerónimo”, Londres 14.XII. 1605, BAE 179, p. 150.

⁵⁰ “Carta de Luisa de Carvajal a Mariana de San José”, Londres 14.XII.1607, BAE 179, p. 231.

⁵¹ “Carta de Luisa de Carvajal a Mariana de San José”, Londres 8.V.1606, BAE 179, p. 171.

⁵² “Carta de Luisa de Carvajal a Mariana de San José”, Londres, marzo 1609, BAE 179, p. 279.

Después de la reanudación de relaciones con su hermano Alonso de Carvajal, y siendo plenamente un hombre de Rodrigo Calderón, insistía a su hermana que su situación en Inglaterra se estaba convirtiendo en insostenible: “mi perseverancia, hermano mío, parece no la fía Nuestro Señor de mi libertad, porque me hallo, cierto, muy fija y arraigada sobrenaturalmente en Inglaterra”.⁵³ Era una cuestión de vocación, le señalaba al duque de Lerma. Precisamente, en los hombres del valido encontró sus nuevos apoyos. Ella tenía una concepción equivocada de su hermano y del propio Rodrigo Calderón, con el que se carteaba. Un vínculo que, con el marqués de Sieteiglesias, se enmarcaba dentro de la preocupación de éste por la salvación de su alma.

La presencia de esta católica se mezcló incluso con el cambio de embajador y hasta ella se atrevió a hacer un análisis de las cualidades que debía tener el nuevo, el que habría de sustituir a Pedro de Zúñiga, para mayor servicio de los católicos en Inglaterra. Doña Luisa había sentido la suavidad de formas con el saliente aunque éste se había mostrado molesto por la insistencia de esta católica en misión. Su sucesor, el conde de Revilla, Alonso de Velasco, llegó a solicitar a doña Luisa que le auxiliase espiritualmente el benedictino John Roberts “porque sabía español”. Entonces, no fue encontrado pero le pudo enviar otro que conocía esta lengua por sus estudios en los seminarios de Castilla: “no tengo entre los católicos una sola gota de consuelo o alivio” confesaba doña Luisa al padre Cresuelo.⁵⁴ Tras una embajada breve con la que nunca consiguió un clima de cordialidad, algunos religiosos desde España la animaban a intervenir en el nombramiento de su hermano Alonso como representante del Rey católico: “yo ya estoy muerta para tales cosas”⁵⁵ aunque fuese una cuestión capital. Si tenía que aportar su granito de arena lo hacía a través de las cartas de Rodrigo Calderón y Joseph Creswell: “es menester embajador de entendimiento y bríos o no tener paces”.⁵⁶ Ella se atrevía a pedir capellanes que acompañasen al nuevo embajador, “religiosos de ejemplo: no enfermos y flacos, que todo se les vaya en cura y cama, sin decir casi misa en muchos días”.⁵⁷ Pedía clérigos católicos que no se identificasen con la sociedad cortesana de Jacobo I. Curiosamente, para esto no solicitaba un jesuita porque con ellos y su imagen ya estaba asegurado el escándalo. La última embajada que

⁵³ “Carta de Luisa de Carvajal a Alonso de Carvajal”, Londres, 22.XI. 1609, BAE 179, p. 292.

⁵⁴ “Carta de Luisa de Carvajal a José Cresuelo”, Londres 4.VII.1610, BAE 179, p. 303.

⁵⁵ “Carta de Luisa de Carvajal a José Creswell”, Londres 7.XII.1612, BAE 179, p. 382.

⁵⁶ “Carta de Luisa de Carvajal a Rodrigo Calderón”, Londres 19.IX.1612, BAE 179, p. 359.

⁵⁷ “Carta de Luisa de Carvajal a José Creswell”, Londres 3.VIII. 1612, BAE 179, pp. 353-354.

iba a conocer era la propia de Diego Sarmiento de Acuña. Este se habría de convertir en valedor de doña Luisa, como antes lo había manifestado hacia la misión de Inglaterra y sus seminarios. El conde de Gondomar mostró un objetivo prioritario para con doña Luisa: salvarla de la persecución y de la ejecución final.

Lo cierto es que a pesar de los apoyos o rechazos que su presencia generaba, según los jesuitas, los trabajos de Luisa de Carvajal en Inglaterra fueron apreciados por los católicos de estos reinos. Los de la Compañía se convirtieron en sus propagadores. Sus palabras podían ser también imitadas como ella lo había intentado hacer con la vida de los mártires que había conocido a la sombra del Colegio de San Albano o bien, en la propia Inglaterra, como sucedió con John Roberts, el benedictino que había tenido problemas con la obediencia en Valladolid. Su verdadera identidad se ocultaba detrás del alias de “Ruperti”. Descendiente de la aristocracia galesa; estudió en St. John’s College, en la Universidad de Oxford, en 1596. Fue recibido en la Iglesia católica en su viaje a París e inició su formación sacerdotal en el seminario vallisoletano de Ingleses dos años más tarde. Allí conoció los mencionados conflictos con la Compañía que desencadenaron la huida de algunos de los seminaristas a monasterios de la ciudad, la mayoría de ellos a la casa central de la Congregación benedictina de Valladolid, el de San Benito el Real. De todo ello hablaron doña Luisa y el monje Roberts en vísperas de su final, apostando por una reconciliación entre ambas religiones:

“Estaba con grandes ansias [John Roberts] de que hubiese gran unión y amor entre los padres de la Compañía y los monjes benitos; y díjome que, si podía aquella noche escribir una carta antes de su muerte a su General, suplicándole lo procurase con grande veras, le escribiría, sin duda. No sé si pudo”.⁵⁸

Junto a muchos trabajos en la expansión de los benedictinos en vinculación con la misión de Inglaterra, Roberts se había destacado en la asistencia a los londineses durante la peste de 1603: “muchos abandonaron a los hermanos, conocidos y amigos”, afectados y huyeron de esta “infección infernal”. Ahí estaba este monje. Entraba en las casas de los más desamparados, auxiliaba a los enfermos, sin que faltasen sus pláticas sobre la fe católica y la administración de los sacramentos.

Roberts fue arrestado en 1610, acusado de escapar de la cárcel con anterioridad y de no haber cumplido con el castigo que tenía. Después le presentaron el habitual

⁵⁸ “Carta de Luisa de Carvajal a José Creswell”, Londres 16.IV.1611, BAE 179, p. 318.

juramento para que lo pronunciase. Nada iban a conseguir de él y, por eso, lo condenaron a muerte. El consuelo de John Roberts era recibir esta sentencia por odio a la fe católica. Allí fue visitado por muchos de los que habían sido ayudados por él en su vida pastoral, sin olvidar a Luisa de Carvajal. Su final fue narrado por ella en su correspondencia:

“lavaron los pies del mártir y llevaron a cabo todo tipo de actos piadosos para con él. Él estaba eufórico y aceptó todo de buen grado con delicadas palabras de consuelo y esa noche la pasaron en oración y enfrascados en animada conversación de lo sagrado y lo divino”.

Era un ambiente tan inusual que los soldados no pudieron echar a todos los asistentes. Al día siguiente lo condujeron al lugar de la ejecución, “y una vez hubo hablado largo rato para instruir a los allí congregados, fue sacrificado con júbilo”⁵⁹ en Tyburn. Su cuerpo fue descuartizado pero no fue colgado de las puertas de la ciudad como ocurría con otros aunque fue arrojado no muy lejos de la horca en una zanja, en compañía de los ladrones que fueron ejecutados con él. Luisa de Carvajal recogió sus restos en la noche siguiente, los custodió en lugar seguro, los embalsamó con perfumes y los conservó hasta que fueran objeto de devoción.

Un voto de martirio que no estaba reñido con una serie de prevenciones para evitar ejecuciones innecesarias. Precauciones con las cartas, con la identidad de las personas. La propia española recordaba que cuando vivía el jesuita Ricardo Walpole en San Albano de Valladolid procuraba no dejar cualquier papel encima del escritorio. Más todavía lo debía hacer Joseph Creswell en el de San Jorge de Madrid, por su posición en la Corte. Algunos colegiales que pasaban por estos centros parecían muy de confianza cuando se encontraban en España y, sin embargo, la conversión en Inglaterra era sorprendente: “venidos acá se truecan muchísimo”.⁶⁰ Como su conocimiento del inglés mejoró con el tiempo, Luisa de Carvajal intervino en la cotidianidad de la controversia. Era mayo de 1608. Estaba acompañada de Ana Garnet, prima del que habría de ser mártir jesuita, en una tienda en la que fueron a comprar tela de Holanda para confeccionar una sábana de altar. Ante una expresión de unos dependientes en la que se incluía a Cristo, la española preguntó si era católico y entonces comenzó el debate. En

⁵⁹ “Carta de Luisa de Carvajal al marqués de Caracena”, Londres 16.IV. 1611, BAE 179, p. 324.

⁶⁰ “Carta de Luisa de Carvajal a José Creswell”, Londres 16.IV. 1611, BAE 179, p. 319.

plena tienda, se fue intensificando y encendiendo en torno a la misa, los sacerdotes, la confesión y el romano pontífice. La propietaria del comercio llegó a señalar que Luisa de Carvajal era un sacerdote disfrazado de mujer pues no era propio que ella discutiese sobre temas en los que no se presuponía que tuviera una preparación teológica e intelectual. Un participante en el debate trató de involucrar a Jacobo I y conseguir una declaración de ilegitimidad hacia el monarca. No lo consiguieron. Doña Luisa compareció ante la autoridad y fue conducida a la cárcel de Counter, en Cheapside, en medio de una gran expectación. Pidió al juez que no fuese encerrada entre hombres, provocando la mofa de las autoridades. Como católica era identificada como mujer fea, a lo que se sumaba su condición de española. Ella, que conocía el complicado mundo de las prisiones y sus corrupciones -carceleros que se dejaban sobornar por ejemplo-, permaneció en esta por espacio de cuatro días hasta que el Consejo la puso en libertad. Desde la correspondencia parecía demostrar que no fue una experiencia traumática sino concebida como una prueba más. Decía tener más miedo a ser desterrada de Inglaterra que a la prisión perpetua. Y aunque el embajador Pedro de Zúñiga no había intervenido en su liberación, su presencia influyó positivamente.

El martirio de los católicos, la ejecución de rebeldes políticos así percibidos por los ingleses anglicanos, era una realidad constante en el reino. Decía Luisa de Carvajal tener envidia por la suerte que iban a correr los que se disponían a ser ejecutados y esa alegría era la que deseaba transmitir para el final de los condenados, como si se tratase de la “última cena de Cristo Nuestro Señor”. Por eso, como hemos visto para John Roberts, su correspondencia se convertía en testimonio de primera mano para retratar estas ejecuciones de los que iban a ser considerados como mártires desde la orilla católica. El juicio era contemplado como el momento más violento dialécticamente. Al mismo tiempo, el embajador español trataba de evitar ejecuciones. En los momentos previos, el preso era acompañado por grupos de católicos. La común de las actitudes vinculadas a los mártires era de valentía, de ánimo y de fervor y todos estos gestos eran atractivos para su imitación, gracias al conocimiento que de su vida y, sobre todo, de su final poseían los que defendían su misma fe (también de fuera de Inglaterra) a través de las Relaciones de los embajadores o de los escritos de Luisa de Carvajal: “no he enviado

a vuestra señoría [a Rodrigo Calderón] la relación por falta de quien me escriba y supla la de mis fuerzas”.⁶¹ La ejecución, naturalmente, era pública.

Después ya la hemos visto custodiando, recogiendo, recibiendo y preparando los restos convertidos en reliquias, tal y como se lo relataba al padre Creswell. En algunos casos la solicitaban que pudiese guardar en casa el cadáver. En horas nocturnas se acercaba hasta la fosa común en la que habían sido arrojados los cuerpos para sacarlos de allí, pues habían sido depositados entre ladrones.⁶² Su deseo era otorgar a los mártires una sepultura católica. En ocasiones, estos rescates suponían una importante suma de dinero, por las cajas que debían contener los cuerpos y el pago de los criados que apartaban grandes cantidades de tierra con todo el sigilo para burlar a los centinelas, mientras que Luisa de Carvajal y sus compañeras estaban en oración.⁶³ Otras veces los criados no aceptaban dinero y se conformaban con una reliquia de los mártires pues era un bien apreciado en aquella sociedad. Los cuerpos troceados facilitaban el envío de reliquias allí donde eran requeridas, acompañadas de las Relaciones de los martirios, envíos que no siempre fueron fáciles. Rodrigo Calderón era uno de los habituales de los que demandaban estas reliquias y así se las remitía esta española desde Londres. Antes las había conservado por espacio de un año dentro de una caja de plomo para evitar la corrupción por el contacto con el aire.⁶⁴

De nuevo reaparecía la posibilidad de que doña Luisa saliese de Inglaterra, lo que la condujo a redactar sus “últimas voluntades” en agosto de 1611, pues el testamento había sido otorgado en 1605. Si regresaba a España, su intención era entrar en el monasterio de Portacoeli de Valladolid, la fundación protegida por Rodrigo Calderón. Pero en los últimos meses de su vida en aquel reino, se desarrolló la polémica de la obra del jesuita Francisco Suárez, *Defensio fidei catholicae*, páginas apologéticas del catolicismo para combatir contra lo que se consideraba secta del anglicanismo. Felipe III había concedido licencia para su difusión mientras que Jacobo I se opuso radicalmente a la misma en Inglaterra.⁶⁵ Una obra que creó un ambiente hostil hacia los católicos ingleses. Con la acusación de haber fundado un monasterio de monjas en su casa, el obispo de Canterbury encarceló a la española. Gondomar no solo pidió que le

⁶¹ “Carta de Luisa de Carvajal a Rodrigo Calderón”, Londres 29.III. 1613, BAE 179, p. 391.

⁶² “Carta de Luisa de Carvajal al marqués de Caracena”, Londres, 16.IV. 1611, BAE 179, p. 324.

⁶³ “Carta de Luisa de Carvajal a la marquesa de Caracena”, Londres 19.X. 1612, BAE 179, p. 369.

⁶⁴ “Carta de Luisa de Carvajal a Rodrigo Calderón”, Londres 5.IX.1613, BAE 179, p. 399.

⁶⁵ “Carta de Luisa de Carvajal a Rodrigo Calderón”, Londres 20.XI.1613, BAE 179, p. 415.

fuese entregada, como hizo el embajador de Flandes, sino que en medio de la confianza que tenía con el rey Jacobo, le lanzó un ultimátum. Si doña Luisa no era liberada, su presencia diplomática en Londres resultaría inútil. El Consejo claudicó, le pidió al embajador que fuese encerrada en su casa, instándole a que fuese expulsada. Una salida de la cárcel que no resultó un acto heroico: “para mí esto no era lo mejor a mi parecer, si no es que sea más gloria de Dios mi libertad que mi prisión”. Felipe III había recibido la petición de reclamar para España a su súbdita católica. Ella lo intentó impedir escribiendo al duque de Lerma. El monarca encargó a Gondomar que encaminase a doña Luisa hacia Flandes, donde habría de recibirla su hermana. Pero antes de salir de Inglaterra, lo que habría supuesto un auténtico castigo, Luisa de Carvajal murió con la compañía de Miguel Walpole. El embajador impidió que fuese embalsamada, depositó su cuerpo en la capilla de su casa con la idea de traerla a España cuando concluyese su misión.

Su muerte tuvo especial eco en los Colegios de Ingleses de Valladolid y Sevilla (el de Madrid se acababa de fundar), con exequias fúnebres públicas, sermones, composiciones líricas en diversas lenguas, epigramas, odas y elegías, así como la presencia de los ilustres, con la nobleza de toga en Sevilla. Destacó el sermón, que fue publicado, del jesuita Juan de Pineda.⁶⁶ A las organizadas en Valladolid asistió su hermano Alonso de Carvajal.⁶⁷ Hubo espacio para la fama de santidad, camino necesario para el reconocimiento de la oficial. Los testigos aportaron sus testimonios dentro del mencionado proceso informativo, abierto entre 1625 y 1627, necesario para la posterior beatificación. Los devotos de Luisa de Carvajal en España solicitaron a Felipe III que su cuerpo volviese a Castilla. También la requirieron los jesuitas del noviciado de Lovaina, su fundación. Entregados sus restos al capellán del embajador Simón de Ariza, se embarcaron en un navío que se llamaba precisamente “Doña Luisa de Londres”. Cuando avistaron las costas españolas, lo hicieron en medio de un temporal tan fuerte que parecía que se resistía a llegar a su destino. Luis Muñoz escribió que esta española no quería haber salido ni siquiera muerta. Era agosto de 1615. Y

⁶⁶ PINEDA, Juan de, *En las honras de Doña Luysa de Carvaial defnta en Londres por enero de 1614. Sermón Fvnebre por el Padre..., de la Compañía de Jesús en el Seminario de los Alumnos Ingleses de San Gregorio de Sevilla.*

⁶⁷ Dos meses después también moría don Alonso, atendido por el rector de San Albano, el padre Cristóbal Juárez.

aunque expresó su deseo de descansar en una casa de jesuitas,⁶⁸ Rodrigo Calderón trató de retener sus restos convertidos en reliquias y tras un recibimiento entusiasta en San Sebastián, éste la enterró en su monasterio vallisoletano. Cuando Felipe III tuvo conocimiento de lo que había ocurrido, ordenó su envío al Real Monasterio de la Encarnación de Madrid. Las monjas agustinas limpiaron el cuerpo incorrupto, lo habitual en el que era considerado santo, lo guardaron dentro de una caja recubierta de terciopelo, lo situaron entre las reliquias de los santos, no en el lugar de los muertos sino en la “custodia de los vivos” según escribió Luis Muñoz.

Reflexión final

La veneración tributada a los mártires ingleses desencadenó un intenso debate. Desde muy pronto, en la primera visita de Felipe III y Margarita de Austria al Colegio Inglés de Valladolid en 1600, se encuentra documentada la presencia, en los tránsitos del seminario, de sus primeros retratos. Así lo resaltaba Antonio Ortiz en su Relación. Cuando describía el propio del padre Walpole, no se le olvidaba subrayar los instrumentos de su martirio con dos tarjetas donde se podían leer las octavas que describían su “heroico final”. Después estas representaciones se fueron incrementando. Portaban palmas en sus manos y sobre sus cabezas los ángeles los coronaban, sin constituirse ninguno en altares. Una iconografía que parecía contravenir las disposiciones que el papa Urbano VIII y la Sagrada Congregación de Ritos habían dictaminado para contrarrestar los abusos cometidos desde los “siervos de Dios” que no habían sido santificados. Sabemos que estos lienzos, de los que desconocemos su autor - se ha apuntado alguna vez a Tomás de Peñasco-, fueron colocados en la iglesia del seminario y en los mencionados tránsitos del edificio, alrededor de su claustro cerrado donde hoy se ubican. Respondían a la iconografía que se había multiplicado para otros mártires de la Compañía. Su beatificación y canonización no se produjo hasta el siglo XX en los pontificados de Pío XI, Pablo VI y Juan Pablo II: la gran canonización la realizó el papa Montini el 25 de octubre de 1970, una fecha histórica para la Iglesia católica en Inglaterra y País de Gales. Todo ello obligó entonces a la realización de nuevos cuadros -alguno de ellos de escasísima calidad- y a la renovación,

⁶⁸ “Carta de Luisa de Carvajal a Rodrigo Calderón”, Londres julio 1612, BAE 179, p. 351.

completándose en 2018 la serie para la llamada “Galería de los Mártires” del Colegio de Ingleses de Valladolid, gracias al arquitecto y pintor Rodrigo Zaparaín, después de un complicado proceso de documentación.

En lo referido a Luisa de Carvajal, tras haber sido pronunciado y publicado el sermón de las honras fúnebres, llegaron las Vidas escritas de manera contemporánea a su muerte por Miguel Walpole y Luis Muñoz, esta segunda entregada a la imprenta en 1632. El primero había tenido que ordenar su material personal, nacido de la pluma de la escritora. Todo ello se vio enriquecido por las treinta y siete declaraciones informativas de testigos que se efectuaron en el proceso. Tanto Walpole como Muñoz se valieron de la abundante correspondencia que cruzó doña Luisa desde Inglaterra con personalidades del reinado de Felipe III. Papeles que fueron depositados junto a su cuerpo incorrupto, en el Real Monasterio de la Encarnación de Madrid. El proceso de santificación no se vio culminado y se diluyó en el tiempo. Han existido algunos hitos de entusiasmada añoranza por la beatificación. Ya en el siglo XX, se trató en profundidad su personalidad histórica, sin olvidar el interés literario de sus poesías y de su correspondencia, como puso de manifiesto el jesuita Camilo María Abad y Jesús González Marañón, así como la renovación historiográfica de su personalidad histórica. Si hoy salimos de contemplar la imagen martirizada de la Virgen Vulnerata en el seminario inglés vallisoletano, entonces podremos contemplar un retrato realizado en 1679 de Luisa de Carvajal, en compañía de otro de Marina de Escobar, debido al pincel de Antonio de Novoa. La imitación al martirio no se redujo al periodo clásico de las persecuciones iniciales, en una frontera y reino que pretendieron convertirse de nuevo en la “dote de María”, por tanto, en territorio fiel a las disposiciones del romano pontífice.

Bibliografía

Fuentes primarias

(1594). RELACIÓN *que embiaron las Religiosas del Monesterio de Sion de Inglaterra que estauan en Roan de Francia al padre Roberto Personio de la Compañía de Jesús, de su salida de aquella ciudad y llegaba a Lisboa de Portugal. Traduzida de inglés en castellano por Carlos Dractan, sacerdote inglés del colegio de Valladolid, en la queal se descubre mucho el estado en*

que están las cosas de Francia después de admitido Vandoma por Rey, Madrid: viuda de Pedro Madrigal.

(1600). RELACIÓN del martirio de dos sacerdotes, el padre Thomas Bensted que fue del Colegio inglés de Sevilla y de N. Sprat del Seminario de Dubai en Flandes..., con la demostrada muerte del Juez que los sentenció, Sevilla: Clemente Hidalgo.

BLACKFAN, J., (2008). *The Blackfan Annals. Los Anales de Blackfan*, Volumen I, Valladolid: Real Colegio de Ingleses. (editado por Peter Harris).

CANO, B. y SÁEZ HIDALGO, A., (2009). *The Fruits of Exile: Emblems and pamphlets from the English College*, Valladolid: Real Colegio de Ingleses.

GONZÁLEZ MARAÑÓN, J. y ABAD, C. M., (1965). *Doña Luisa de Carvajal y Mendoza (1566-1614). Epistolario y Poesías*, Madrid: Biblioteca de Autores Españoles.

HENSON, E., (Ed.) (1930). *Registers of the English College at Valladolid 1589-1862*. Catholic Record Society: London.

LA PUENTE, L. de, (1958). *Obras escogidas del VP. Luis de La Puente*, Madrid: Biblioteca Autores Españoles.

MENDIOLA, G. de, (1667). *Historia y Milagros de Nuestra Señora la Vulnerata, venerada en el Colegio Inglés desta Ciudad de Valladolid*, Valladolid: Bartolomé Portoles.

MUÑOZ, L., (1632). *Vida y Virtudes de la Venerable Virgen Doña Luisa de Carvajal y Mendoza. Su jornada a Inglaterra y sucesos en aquel Reyno. Van al fin algunas poesías espirituales suyas, fruto de su devoción y ingenio*, Madrid; Imprenta Real. (Existe una nueva edición de 1897).

ORTIZ, A., (1600). *Relación de la venida de los Reyes Cathólicos al Collegio Inglés de Valladolid en el mes de agosto. Año 1600. Y la colocación y fiesta hecha en el mesmo Collegio, de vna ymagen de Nuetsra Señora maltratada de los herejes*, Madrid: Andrés Sánchez.

PERALTA, F. de, (1614). *Copia de vna carta qve el Padre Francisco de Peralta de la Compañía de Jesús, Rector del Collegio de los Ingleses de Seuilla, escriuió al Padre Rodrigo de Cabredo*, Prouincial de la Nueva España, Sevilla: s. e.

PINEDA, J., (1614). *En las Honras de Doña Luysa de Carvajal, defvnta en Londres por enero de 1614. Sermón Fvnebre por el Padre..., de la Compañía de Iesús en el Seminario de los Alumnos Ingleses de San Gregorio de Sevilla*, Sevilla: s. e.

RIBADENEYRA, P. de, (1945). “Historia Eclesiástica del Cisma del Reino de Inglaterra en la cual se tratan algunas de las cosas más notables que han sucedido en aquel Reino tocantes a nuestra Santa Religión”. En *Historia de la Contrarreforma, introducción y notas de Eusebio Rey*, Madrid: BAC. (Hemos manejado la edición madrileña de 1781).

VILLAFAÑE, J., (1726). *Compendio histórico de las milagrosas y devotas imágenes de María Santísima de Hespaña*, Salamanca: Eugenio García de Honorato.

VILLARINO, A., (1690). *Esclarecido solar de las Religiosas Recoletas de Nuestro Padre San Agustín y vidas de las insignes hijas de sus conventos*, Madrid: Bernardo de Villadiego.

YEPES, D., (1599). *Historia particvlar de la persecución de Inglaterra, y de los martirios más insignes que en ella ha auido, desde el año del Señor, 1570*, Madrid: Luis Sánchez. (Existe una edición con una pequeña introducción de D. M. Rogers de 1971, realizada por Gregg International Publishers Limited England, facsímil de la anterior).

Fuentes secundarias

ABAD, C. M., (1957). *Vida y escritos del VP. Luis de La Puente*, Comillas: Universidad.

- ARIAS de SAAVEDRA ALÍAS, I.; JIMÉNEZ PABLO, E. y LÓPEZ-GUADALUPE, M. L., (Eds.) (2018). *Subir a los altares. Modelos de santidad en la Monarquía Hispánica (ss. XVI-XVIII)*. Granada: Universidad.
- BARANDA LETURIO, N., (2018). “Las redes del exilio inglés. La fundación de las monjas de Sion en Lisboa (h. 1594)”. En D. Almeida, M^a. D. Martos (Hg.), *Mulheres em rede / Mujeres en red. Convergências lusófonas* (pp. 129-152). Berlín: Lit Verlag.
- BARBEITO, I., (1991). *Cárceles de mujeres en el siglo XVII. Razón y forma de la galera: proceso inquisitorial de San Plácido*, Madrid: Castalia, Instituto de la Mujer.
- BURRIEZA SÁNCHEZ, J., (2000). *Una Isla de Inglaterra en Castilla*, Palencia: Real Colegio de Ingleses.
- BURRIEZA SÁNCHEZ, J., (2002a). *Los Milagros de la Corte*, Valladolid: Real Colegio de Ingleses.
- BURRIEZA SÁNCHEZ, J., (2002b). “Escuelas de sacerdotes y de mártires: los Colegios del Exilio Católico”. En O. RECIO MORALES, B. GARCÍA GARCÍA, M. A. de BUNES IBARRA, E. GARCÍA HERNÁN (Eds.), *Irlanda y la Monarquía Hispánica: Kinsale 1601-2001. Guerra, política, exilio y religión* (pp. 39-74). Madrid: CSIC.
- BURRIEZA SÁNCHEZ, J., (2008). *Virgen de los Ingleses entre Cádiz y Valladolid. Una devoción desde las Guerras de Religión*, Valladolid: Real Colegio de Ingleses.
- BURRIEZA SÁNCHEZ, J., (2011). “Los Misioneros de la Restauración Católica. La formación en los Colegios Ingleses”. En Ch. de CASTELNAU, M.-L. COPETE, A. MALDAVSKY, I. G. ŽUPANOV (Eds.), *Missions d'évangélisation et circulation des savoirs (XVI-XVIII siècle)* (pp. 87-100). Madrid: Collection de la Casa de Velázquez.
- BURRIEZA SÁNCHEZ, J., (2015). “«Hace mucho al caso tratar con personas experimentadas». Los ámbitos femeninos de la Compañía de Jesús”. En J. BURRIEZA SÁNCHEZ (Coord.), *El alma de las mujeres. Ámbitos de espiritualidad femenina en la modernidad (siglos XVI-XVIII)* (pp. 325-364). Valladolid: Universidad de Valladolid.
- CAÑEQUE, A., (2020). *Un imperio de mártires. Religión y poder en las fronteras de la Monarquía Hispánica*, Madrid: Marcial Pons.
- CASTILLO, J. M. (1888), “Amigos del Corazón de Jesús. La Venerable doña Luisa de Carvajal y Mendoza”. En *Mensajero del Corazón de Jesús y del apostolado de la oración*, t. VI (pp. 369-383, 439-454). Bilbao: Mensajero Corazón de Jesús.
- CRUZ, A. J., (1994). “Luisa de Carvajal y Mendoza y su conexión jesuítica”. En J. VILLEGAS (Coord.), *Actas Irvine-92. Asociación Internacional de Hispanistas*, vol. II (pp. 97-104). Irvine: University of California.
- CRUZ, A. J. (2014). *The Life and Writings of Luisa de Carvajal y Mendoza*, Toronto: Centre for Reformation and Renaissance Studies.
- CRUZ, A. J. (2019). “Las redes sociales creadas por Luisa de Carvajal y Mendoza a través de su correspondencia”. En M. L. SÁNCHEZ HERNÁNDEZ (Ed.), *Mujeres en la Corte de los Austrias. Una red social, cultural, religiosa y política* (pp. 615-636), Madrid: Polifemo.
- DÍAZ RODRÍGUEZ, V., (2009). *Negros y frailes en el Cádiz del siglo XVII*, Salamanca: San Esteban Editorial. (Consultar también su artículo “La Vulnerata, Reina de los Ángeles”, Diario de Cádiz, 29 diciembre 1996, p. 6.)
- EGIDO LÓPEZ, T., (2010). “Los libros del P. Robertus Personius”. En J. BURRIEZA SÁNCHEZ y P. HARRIS (Eds.), *La Misión de Roberts Persons. Un jesuita inglés en la antigua Corte de Valladolid* (pp. 97-105). Valladolid: Real Colegio de Ingleses.
- FERNÁNDEZ SUÁREZ, J. R., (1978). “Joseph Creswell: al servicio de Dios y de su ajestad Católica (1598-1613)”. *Revista Es*, nº 8, pp. 45-84.

FREITAS CARVALHO, J. A., (2018). “Doña Luisa de Carvajal y la Inglaterra de la Reforma a través de su epistolario”. *Via Spiritus: Revista de Historia da Espiritualidade e do Sentimento Religioso*, vol. 21, pp. 5-28.

GARCÍA GARCÍA, B. J., (1996). *La Pax Hispánica, Política exterior del Duque de Lerma*, Leuven: Leuven University Press.

GARCÍA HERNÁN, E., (2006). “El colegio de San Patricio de los Irlandeses de Madrid (1621-1937)”, *Revista de arte, geografía e historia*, nº 8, pp. 219-246.

GARCÍA HERNÁN, E., (2011). “La Misión de Irlanda (1610-1628): Aproximación a una nueva investigación”. En A. MARCOS MARTÍN (Coord.), *Hacer historia desde Simancas. Homenaje a José Luis Rodríguez de Diego* (pp. 339-364). Valladolid: Junta de Castilla y León.

GARCÍA HERNÁN, E., (2012). “The Irish College at Valencia (1623-1680): Historical consequences”. En O. RECIO MORALES (Ed.), *Redes de nación y espacios de poder: La comunidad irlandesa en España y en la América española 1600-1825: Power strategies Spain and Ireland 1600-1825* (pp. 93-102). Madrid: Albatros.

GARCÍA-VERDUGO, M. L., (2008). *Luisa de Carvajal en sus contextos*, Madrid: Pliegos.

HOULISTON, V., (2007). *Catholic Resistance in Elizabethan England. Robert Persons's Jesuit Polemic, 1580-1610*. Aldershot-Burlington, Roma: Ashgate-Institutum Historicum Societatis Iesu.

IGLESIAS PINILLOS, M .N., (2000). *Hilando Oro. Vida de Luisa de Carvajal*, Madrid: Laberinto.

LABARGA, F., (Coord.) (2020). “La canonización de 1622 y la santidad en el mundo moderno”. *Anuario de Historia de la Iglesia*, v. 29, pp. 15-289.

LEVY-NAVARRO, E., (2017). “The Religious Warrior: Luisa de Carvajal y Mendoza's Correspondence with Rodrigo de Calderón”. En J. COUCHMAN and A. CRABB (Eds.), *Women's Letters Across Europe 1400-1700* (pp. 279-290). Londres: Routledge.

Mc COOG, T., (1984). “The Establishment of the English Province of the Society of Jesus”. *Recusant History*, nº 17, pp. 121-139.

MURPHY, M., (1984). “Los comienzos del Colegio Inglés de San Gregorio en Sevilla”. *Archivo Hispalense*, LXVII, pp. 3-24.

MURPHY, M., (1992). *St. Gregory's College Seville 1592-1767*. London: Catholic Record Society.

O'SCEA, C., (2015). “Los exiliados de las islas británicas”. En J. J. RUIZ IBÁÑEZ e I. PÉREZ TOSTADO (Coords.), *Los exiliados del rey de España* (pp. 107-130). Madrid: Fondo Cultura Económica de España.

PANDO CANTELI, M. J., (2010). “Tentando vados: the martyrdom Politics of Luisa de Carvajal y Mendoza”. *Journal for Early Modern Cultural Studies*, vol. 10, nº 1, pp. 117-141.

PÉREZ TOSTADO, I., (2003), “Mártires de profesión: estudio de caso de los conflictos de las comunidades inglesa e irlandesa en la Andalucía a finales del XVII”. En M. B. VILAR GARCÍA y P. PEZZI (Eds.), *Los extranjeros en la España Moderna. Actas del I Congreso Internacional* (pp. 645-655). Málaga: Ministerio de Ciencia y Tecnología.

REDWORTH, G., (2004). *El príncipe y la infanta. Una boda real frustrada*, Madrid: Taurus.

REDWORTH, G., (2008). *The She-Apostle. The Extraordinary Life and Death of Luisa de Carvajal*. Oxford: Oxford University Press.

SALAMANCA VILLAMIZAR, C. A., (2016). “Religión, política y espectáculo: narrativas del martirio en la primera modernidad”. *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, vol. XXXVIII, nº 109, pp. 97-133.

SERRANO MARTÍN, E., (2018a). “La santidad en la Edad Moderna. Límites, normativa y modelos para la sociedad”. *Historia Social*, nº 91, pp. 149-166.

SERRANO MARTÍN, E., (2018b). “Santidad y patronazgo en el mundo hispánico de la Edad Moderna”. *Studia Historica*, vol. 40, nº 1, pp. 75-123.

TORREMOCHA HERNÁNDEZ, M., (2014)- *De la mancebía a la clausura. La Casa de Recogidas de Magdalena de San Jerónimo y el convento de San Felipe de la Penitencia (Valladolid, siglos XVI-XIX)*. Valladolid: Universidad.

TORREMOCHA HERNÁNDEZ, M., (2017). “Galeras o cárceles de mujeres: el otro penitenciarismo de la Edad Moderna”. En M. TORREMOCHA y A. CORADA (Eds.), *La mujer en la balanza de la justicia (Castilla y Portugal, siglos XVII y XVIII)* (pp. 51-74). Valladolid: Castilla Ediciones.

TORREMOCHA HERNÁNDEZ, M., (2018). *Cárcel de mujeres en el Antiguo Régimen. Teoría y realidad penitenciaria de las galeras*, Madrid: Dykinson.

VAN WYHE, C., (2011). *Isabel Clara Eugenia. Soberanía femenina en las Cortes de Madrid y Bruselas*, Madrid: Centro de Estudios Europa Hispánica.

WILLIAMS, M. E., (1986). *St. Alban's College Valladolid. Four Centuries of English Catholic Presence in Spain*, London: C.Hurst & Company.

WILLIAMS, M. E., (1996). “Campion and the English Continental Seminaries”. En *The Reckoned Expense Edmund Campion and the Early English Jesuits* (pp. 285-299). Woodbridge: The Boydell Press.